

Rabindranah Tagore

Para José VASCONCELOS.

LA India fué para nuestra juventud, el fabuloso y constelado país de lo imposible. En las florestas infinitas de su epopeya nacional, El Ramayana, pasaban, llevando descuajados peñascos los «monos magnánimos», hijos del Viento; el monarca de los buitres era más grande al cernirse que las montañas; iban ebrios de amor los elefantes por alamedas de sándalos; y los dioses de veinte ojos y de cuarenta brazos exigían un tributo sangriento.

Pero he aquí que, por obra y gracia de un poeta, el paisaje ha cambiado completamente. En arrozales que el viento peina, circulan búfalos tranquilos y cadenciosas mujeres que van a buscar agua con sus cántaros. El país desmesurado de los elefantes, tiene, merced a Rabindranah Tagore, el aspecto risueño de un ameno rincón de Galilea.

¿Cómo se opera este milagro de Aladino? Justo es decir que la lectura de los antiguos libros indostánicos nos hacía olvidar la realidad de la India moderna. El Ramayana designa a los poetas con el nombre de «despertadores oficiales del Rey». Son por lo menos, cuando se llaman Tagore, despertadores voluntarios de los hombres. Les enseñan a mirar mejor la hermosura del mundo.

Su gigantesco país ha cambiado y el poeta nos hace mirar el cambio. A la India bracmánica y severa con sus castas infranqueables, sus ritos bárbaros y sus leyes de Manú, sucede otra, más humana y más plácida, con sus cien religiones de piedad y su Krisna parecido al evangélico orador de lagos y montañas que aconsejaba todos los perdones. Los poetas imbuidos de la santa doctrina aprendieron el evangelio de la bondad y sus cantos tienen perfumes de parábolas. Sólo quieren escribir episodios de la vida sencilla, del amor que se recata, silencioso, más adivinado que murmurado. Es un amor italiano, petrarquizante, de largos y sutiles noviazgos como en España y en América. La doncella enamorada, la *blessed damozel*, como en el canto de Rossetti, aparta el velo, al pasar enreda un nelumbio en el cabello, se lleva la mano al corazón desfalleciente, calla, enferma de pesar para toda la vida. El oriental misterio del rebozo hace a estas mujeres a la vez prestigiosas y desvalidas. No pueden,

como sus hermanas de otros países, sonreír intencionadamente con graciosa y traviesa picardía; no pueden decir en un sarao las palabras que dejan temblando. Miran y esperan. ¿Por qué no viene, por qué no se detiene?, preguntan las amadas de Tagore como novias de Becquer. El velo apenas entreabierto vuelve a caer sobre los



RABINDRANAH TAGORE

Del Tagore, en las ediciones del CONVIVIO, acabamos de publicar *El Jardinero de Amor*. Precio del ejemplar \$ 1.50. Para el exterior: \$ 0.40 oro am.

ojos mortecinos y la tragedia de una vida concluye.

Esta poesía de suspiros evaporados y de calladas oraciones que en la noche de mayo remontan, este coloquio de las miradas negras, es el tema distintivo de Tagore. ¿Cuál puede ser más tentador para un poeta que la primera iniciación? Como en las telas índicas y en las miniaturas persas, las diminutas mujeres están aguardando entre los pavos reales. Tienen ojos de almendra y las «manos en copa» como en el poema de Valmiky. En torno suyo el paisaje pasa por todos los tonos del verde, desde el matiz metálico del pavón, hasta el tierno color de los campos de mangos. Quedan lejos las ciudades con sus superpuestas cúpulas de nubes y sus rituales piras y sus palanquines en donde va a la pagoda el príncipe de un Catay imposible. Aquí sólo está la India rústica y simple, como una isla criolla de Francis

Jammes. Nada hay de parnasiano y de suntuoso en estos versos de Tagore que la describen. Las mujeres del mundo entero pueden comprender a sus novios, pues en cualquier parte el amor feliz o apesarado suspira los mismos cánticos. Por eso alcanzan éxito universal los libros del poeta indostánico. Perdemos, por supuesto, en la traducción, la música original, pero su encanto no consiste en la armoniosa y lujosa disposición de sílabas y adjetivos, sino en el fondo humano de pasión recelosa, de oblación inquieta, de alegría solar cuando pasó la novia, de celos y ternuras, de resignada y oriental congoja sin palabras si la Amada no quiere venir. *El Jardinero de Amor* que publicamos hoy, parece a ratos una traducción al bengalí de las *Rimas* de Becquer.

En otros libros de Tagore se advierte más retórica; aunque ésta sea nueva para nosotros por ser de su país. Su hermano Abindanithra nos ha advertido en un curioso libro, cómo en pinturas y poemas de la India, los artistas emplean casi siempre para describir a sus enamoradas, actitudes y tropos tradicionales. La flor del loto o la trompa de elefante que sugiere un brazo de mujer, son temas clásicos ya. Pero en su *Jardinero de Amor*, Tagore no quiere «hacer literatura». Estos son himnos tan breves como los *hay-kay* japoneses y los cuartetos persas. No concede, como los primeros, tan exclusiva atención a la naturaleza ambiente, sino a la emoción que ella despierta; ni

con la envejecida amargura de Khey-yám, nos induce a gozar desesperadamente porque se ha de morir mañana. El artista hindú, el budhista que aspira al Nirvana, no puede pensar en el anonadamiento final con amargura. Es esta la mayor originalidad de un poeta que habla de la muerte con la placidez de la Antología Griega. De esta paz incierta de la vida que su animosa bondad no ha alcanzado siempre a mantener, de esta inmolada alegría que es el amor en el más amante y correspondido de los hombres, de esta desazón vitalicia de las almas selectas por ninguna ventura colmadas, el poeta levanta a veces los ojos nublados. «¿En dónde está la esperanza de comunión perfecta sino en ti, Dios mío?», murmura entonces. Le rodean colinas, rosas y arrozales verdes y el universal arrullo de las palomas, mas él sabe que velan estas suaves apariencias un dolor sólo extinguido con la